

## El estafador Madoff, condenado a pasar el resto de la vida en prisión

La pena máxima de 150 años no consuela a todas las víctimas del fraude  
MARC BASSETS - Nueva York. Corresponsal  
LA VANGUARDIA, 30.06.09

Los aplausos, mezcla de júbilo y alivio, estallaron ayer al mediodía en el Tribunal Federal de Nueva York cuando el juez Denny Chin leyó la sentencia de 150 años de prisión - la pena máxima que podía imponerle para Bernard Madoff, de 71 años, responsable de uno de los mayores fraudes de la historia.

Vestido con traje oscuro y camisa blanca, más delgado, Madoff, que el pasado marzo se declaró culpable de la estafa y ya lleva meses encarcelado, encajó la sentencia sin inmutarse. Antes, sus abogados habían pedido una sentencia más suave, de 12 años de prisión, y habían denunciado un ambiente de linchamiento.

Las víctimas de la estafa presentes en el tribunal celebraron la decisión, que en la práctica condena a Madoff a morir en prisión. La victoria, sin embargo, es agri dulce.

Muchos estafados, arruinados tras haber confiado todos sus ahorros al financiero, pueden tardar años en recuperar siquiera una parte del dinero. Además, se quejan de la vigilancia laxa de las autoridades financieras y de la indefensión del pequeño inversor.

Otros están convencidos de que es imposible que Madoff organizase solo

un fraude que puede alcanzar los 65.000 millones de dólares, unos 46.000 millones de euros, y creen que los cómplices deben ser juzgados.

El fraude piramidal orquestado por Madoff, un respetado inversor neoyorquino, que llegó a presidir la Bolsa del Nasdaq, se ha convertido en un emblema de los excesos en la industria financiera que han arrastrado el mundo a una recesión, aunque en rigor tiene poco que ver con la crisis actual.

Madoff - por su tren de vida, sus oscuras prácticas financieras, y por las dimensiones de la estafa-ha dado rostro a una crisis sin rostro y se ha convertido en el objeto de la ira de millones de ciudadanos que también se sienten víctimas del desmadre de las últimas décadas.

Durante la sesión en la que el juez anunció la sentencia, Madoff, con los ojos clavados en la mesa donde se sentaba junto a sus abogados, escuchó a una decena de víctimas. Después, les pidió perdón.

A unos metros de él, las víctimas explicaron cómo la estafa dio un vuelco a sus vidas y cómo, desde que el 11 de diciembre Madoff se entregó a la justicia estadounidense, viven angustiados, con miedo al futuro.

"Psicópata", "monstruo", "bestia", fueron algunos de los términos que oyó el financiero de sus antiguos clientes durante una hora y media que para muchos fue catártica.

Los Ambrosino, un matrimonio de cuarentañeros, explicaron que han perdido los ahorros de toda una vida y que carecen de ingresos suficientes para pagar el alquiler de un piso.

A los 61 años, Maureen Ebel, la viuda de un médico acomodado, se ha visto obligada a vender la casa y el coche, y a trabajar a tiempo completo.

"Robó a los pobres, a los ricos y a los que se encuentran en medio", dijo Tom Fitzmaurice, de 63 años, que ahora tiene tres empleos para poder salir adelante. Entre los testigos que hablaron ayer había una mujer que tras arruinarse con Madoff vivía de la ayuda pública y jubilados que se habían quedado sin la pensión ahorrada durante décadas.

Madoff estafó a muchos millonarios, a universidades y a fundaciones filantrópicas, pero también a pequeños inversores, personas de clase trabajadora que confiaron su dinero a entidades inversoras, que a su vez lo entregaron al estafador.

"El terror, el monstruo, la bestia, para mí tiene un nombre: Madoff", dijo Sheryl Weinstein, quien dijo haber pertenecido al círculo de amistades del financiero. "En apariencia es como todos nosotros. Por eso hay que encerrarlo en una jaula".

Después, Bernard Madoff se levantó, bebió un trago de agua y se declaró incapaz de ofrecer ninguna excusa por su comportamiento, por haber estafado a los inversores, a sus propios empleados y a su propia familia.

"Mi intención no era hacer daño, pero hice daño", afirmó. "Creía que podría salirme de aquello, pero cuanto más me metía, más difícil era". Al final de la intervención, se giró y, de cara a las víctimas, dijo: "Lo siento. Sé que no les ayuda".